

con las ceremonias acostumbradas, y pidiéndole que predicase, pronunció un discurso sólido y juicioso que justificó la elección que se había hecho de él. Gobernó felizmente la Iglesia de Comana hasta la persecución de Decio, en la que alcanzó la corona del martirio, pereciendo en la hoguera. Mas adelante veremos cómo escapó San Gregorio de esta persecución.

Habia muerto Artajerjes, rey de los persas, por los años 240: su hijo Sapor, que le sucedió, no tardó en declarar la guerra á los romanos, y les tomó diferentes ciudades importantes, entre otras á Nisibe y Antioquia. Con noticia de estas hostilidades, determinó el emperador Gordiano trasladarse al Oriente para contener á un enemigo tan peligroso. Varias veces y en diferentes encuentros le derrotó, obligándole á dejar cuanto había conquistado; pero murió en esta expedición, después de haber sido despojado del imperio por las intrigas de Filipo, prefecto del pretorio. Era éste natural de Arabia, ciudad de Bostro, que en adelante ensanchó y llamó Filípópolis. Abusando de su empleo para seducir á las tropas, y romper á los principales jefes de ellas, logró primeramente que lo proclamasen emperador, como asociado á Gordiano, y queriendo luego deshacerse de un colega cuya influencia con el senado y el pueblo temía, le mandó asesinar por los mismos soldados, en 244. Aunque los crimenes sirvieron á Filipo de escalón para subir al trono, dió, sin embargo, varios decretos para que no continuase la corrupción de costumbres que reinaba. Castigó la licencia y obscenidades de los poetas, suprimiendo sus privilegios, y sobre todo, abolió el infame escándalo que había en algunos sitios dedicados al mas abominable enismo. Eusebio, y con referencia á éste San Jerónimo, San Juan Crisóstomo y otros autores, afirman que Filipo era cristiano, y hasta se cuenta que el obispo le negó la entrada en el templo en una ocasión, vispera de la Pasena, que se presentó para unirse al pueblo en sus oraciones, sin que primero hiciese su confesión y estuviera entre los penitentes para purgar los crimenes que había cometido (1). Atribyese este acto de valor á San Babilas, obispo de Antioquia. Con efecto, tuvo el emperador que atravesar esta ciudad para regresar á Roma desde las fronteras del Oriente, y los medios con que adquirió el imperio, bien merecían una larga y verdadera penitencia. Parece que se prestó á la expiación de buena voluntad sometién dose al obispo, y que no escaseó en esta ocasión las señales de sincera piedad; pero no por eso dejó de celebrar los juegos seculares en memoria de la fundación de Roma, á pesar de las ceremonias paganas que mediaban en ellos (2). De todo lo cual puede

(1) Euseb. Hist. lib. VI, cap. XXXIV.

(2) Celebráronse estos juegos con magnificencia extraordinaria en el cuarto año del reinado de Filipo, en el año 247 de Jesucristo, el milésimo de Roma, por la novena y última vez. Duraron sin interrupción tres dias y tres noches, en que se prodigaron toda clase de espectáculos. Fueron obligados

inferirse, que si había abrazado la religion cristiana, como se dijo, no tenía á lo menos mucho cuidado en observarla, ni le arredraba una apostasia mas ó menos, cuando podia convenir á sus intereses. Por esto sin duda el senado no reparó colocarlo entre sus dioses en cuanto murió, y no lo hubiera hecho así un cuerpo tan encarnizado contra el cristianismo, si hubiese sido notorio que le profesaba públicamente el emperador Filipo. Sea como fuese, lo cierto es que favoreció mucho este príncipe á los cristianos, que gozaron en su reinado una plena seguridad.

Aprovechó esta circunstancia el Papa San Fabian para extender mas y mas los progresos del Evangelio. Entónces fué cuando envió un gran número de operarios apostólicos, á las órdenes de siete obispos, para propagar la fé en las Galias, fundando allí bastantes Iglesias nuevas. Segun San Gregorio Turonense, fueron estos siete obispos: San Dionisio, primer obispo de Paris; San Saturnino, de Tolosa; San Marcial, de Limoges; San Graciano, de Teurs; San Austremonio, de Clermont; San Trófilo, de Arlés; y San Pablo, de Narbona. Pero es probable que estas dos últimas Iglesias estuviesen ya fundadas con antelación desde el tiempo de los apóstoles, de modo que San Pablo y San Trófilo, de quienes aquí se habla, no han podido ser los primeros obispos de Arlés y de Narbona; ó sería necesario fijar su particular mision en época anterior. En todo caso San Pablo se detuvo primeramente en Beziers, donde produjeron muchas conversiones sus asombrosos milagros y virtudes. Los cristianos de Narbona le atrajeron después á esta ciudad para que predicase en ella la fé, y hecho por su parte, ordenó de obispo de Beziers á San Afrodiso, compañero suyo en el apostolado. De allí á algun tiempo, fundó igualmente la Iglesia de Aviñon, señalándole por primer obispo á San Rufino. Ultimamente murió en paz en Narbona, después de un episcopado de larga duracion, y lleno de tribulaciones y pruebas. Dos diáconos de su Iglesia tuvieron atrevimiento para acusarle falsamente de un vergonzoso crimen, y pidió que le juzgasen los obispos, á la sazón existentes en las Galias. El mismo Dios tomó á su cargo la defensa del inocen-

dos mil gladiadores á matarse unos á otros para bárbara diversion del pueblo. Estas fiestas tenían un carácter esencialmente pagano, porque su objeto principal era atraer á la ciudad de Roma la proteccion de los dioses. Muchos dias antes se preparaba el pueblo con lustraciones y sacrificios para esta solemnidad. En la primera noche y el primer dia, inmolaba el emperador las victimas en las orillas del Tiber y en el Capitolio. En el segundo y tercero se cantaban himnos en honor de los dioses, principalmente de Apolo y de Diana, para encomendarles los destinos del imperio. Para este fin acudian al Capitolio las señoras romanas, y después jóvenes escogidos del uno y del otro sexo, hacian las mismas ceremonias en el templo de Apolo y en el monte Palatino. Se han conservado los himnos que encargaron á Horacio compusiese para los juegos seculares que se celebraron en tiempo de Augusto. En ellos puede verse claramente el objeto de estas fiestas.

te, entregando al demonio los dos acusadores, que se vieron obligados á confesar la calumnia y recurrir á las oraciones del santo para libertarse de sus maléficis huespedes.

No se hallan noticias especiales sobre la mision de San Tróximo: solamente aparece que despues de haber predicado el cristianismo por espacio de muchos años en la Provenza y sus inmediaciones, empezó á gobernar la Iglesia de Arlés en el año 254, por la vacante del obispo Marciano, que fué depuesto a causa de haber adoptado el cisma y heregía de Novaciano, como se verá mas adelante. Los demas misioneros se dispersaron por las Galias, y probablemente ejarcerian su celo en diferentes parages antes de fijarse en las ciudades que los cuentan por sus primeros apóstoles. Tambien puede creerse que hallaron ya algunos cristianos en ellas, porque parece difícil que no hubiera penetrado allí la fé mucho antes; pero sin duda hasta entonces no tuvieron obispos, ó al menos se habia interrumpido la sucesion de ellos por causas que desconecemos.

En la capital de Auvergne, ahora Clermont, estableció su silla su primer obispo San Austromonio. Esparcíó la luz del Evangelio casi por todas las ciudades de esta provincia, y murió en Issoire despues de haber fundado, segun dicen, la Iglesia de Nevers. Dánle por compañeros á San Sirenato, San Mario y otros muchos cooperadores, cuyo celo fué recompensado con grandes triunfos, pero ignoramos todos los pormenores de su apostolado. Sucedióle en la silla Urbico, senador de los mas principales de Clermont. San Gaciano, primer obispo de Tours, no recogió tan abundantes frutos de su apostolado en esta ciudad, porque los habitantes estaban muy obstinados en sus conocidas supersticiones. Todavía señalan una caverna cerca de Marmontiers que está en una roca escarpada, donde dicen, como antigua tradicion, que se vió obligado á celebrar los santos misterios en secreto, y á presencia del corto número de fieles que habia podido convertir despues de cincuenta años de una laboriosa predicacion.

Escogió á Limoges San Marcial por objeto de su mision, y la desempeñó con tanto fruto, que turó el consuelo de ver la ruina total de los ídolos, y casi toda la ciudad convertida al cristianismo. Auxiliáronle en su apostolado los Santos Albiniano y Austricliniano sus compañeros, y luego varios discípulos suyos: algunos fundaron en adelante otras Iglesias. Fué este santo obispo uno de los mas célebres de las Galias; pero se ignoran las circunstancias de su vida, pues carecen de autenticidad las historias que se han publicado, y las tradiciones que le hacen discípulo de los apóstoles.

San Saturnino, primer obispo de Tolosa, se fué á establecer en esta ciudad en el año 250, y despues de muchos de apostólicas tareas, selló con su sangre la fé que habia probado con sus milagros. Tenia Tolosa un célebre templo llamado Capitolio, en el que el demonio daba sus oráculos, que solicitaban los pueblos con ansia de

todas partes. Habiendo convertido el santo obispo gran número de ídólatras, mandó construir cerca de este templo una iglesia para sus fieles, y desde aquel instante emudeció el oráculo. Alarmados los sacerdotes ídólatras con este silencio, y privados de los provechos que les traia la credulidad de los pueblos, sublevaron á los mas obcecados con el pretexto de vengar el honor de sus dioses. Dispusieron todo lo necesario para un solemne sacrificio, y ya era conducida la víctima coronada de flores y guirnaldas, cuando á lo lejos descubrió uno de los ídólatras á Saturnino que iba á su iglesia, y exclamó: "Ved ahí el enemigo de nuestra religion, aquel cuya presencia hace emudecer los oráculos; pues bien, que los aplaque, ó hagámoste víctima de ellos." Inmediatamente se echó sobre el santo una turba de furiosos y le llevó arrastrando al Capitolio. Como le estrechasen para que sacrificase en honor de los ídolos, esforzando la voz, dijo: "Yo no adoro mas que un solo Dios, criador del universo, y solo á él ofrezco sacrificios: en cuanto á los vuestros, sé yo que son demonios impotentes: ¿cómo quieris que yo los tema ni respete, pues confesais vosotros mismos que tiemblan en mi presencia?" Semejante declaracion no podia tranquilizar á los ídólatras, antes se irritaron mas: cogieron al obispo, y atándole la pié á la cola del toro destinado al sacrificio, y estimulando á la fiera con aguijones, la enfurecieron antes de soltarla: de modo que arrastró al santo mártir que llegó con la cabeza hecha pedazos á las gradas del templo. Recogieron su cuerpo maltratado dos piadosas cristianas, y le sepultaron secretamente: sobre esta sepultura erigió un templo en honor suyo San Hilario, tercer obispo de Tolosa. Cuéntase en el número de los discípulos de San Saturnino á San Honesto, que predicó la fé en Pamplona, y á San Papul martirizado en el lugar que lleva su nombre, y que fué mas tarde erigido en silla episcopal. Otro discípulo á quien llamaban Ceraco, se cree fuese el primer obispo de Eause en Gasconia cuya Iglesia se trasladó á Auch.

San Dionisio, el mas ilustre y acaso el jefe de todos estos misioneros, se adelantó hasta Paris, donde formó un floreciente plantel de cristianos, que en poco tiempo produjo gran número de gloriosos confesores y mártires, entre los que se incluyó al mismo apóstol, porque le cortaron la cabeza durante la persecucion de Valeriano. Muchos compañeros de su apostolado se esparcieron de órden suya por los pueblos inmediatos, y hasta por la Bélgica, para predicar el Evangelio. Entre otros se cuenta San Taurin, primer obispo de Evreux, San Luciano, apóstol de Beauvais, San Sanctin, reconocido como su fundador por las Iglesias de Meaux y de Verdun, San Quintin, apóstol de Amiens y del Vermandois, cuya antigua capital lleva todavia el nombre de este santo mártir, los Santos Crispin y Crispiniano, apóstoles de Soissons, y finalmente, San Riulo, que fundó la Iglesia de Senlis y gobernó algun tiempo la de Beauvais, despues de muerto San Luciano. Pero como la mayor parte de es-

tos santos no sufrieron el martirio hasta tiempos muy posteriores, parece probable que no todos viniesen de Roma con San Dionisio, y que muchos eran discípulos que él había formado durante el curso de sus misiones.

Desde aquel momento se difundió por todas las Galias la luz del cristianismo, y hácia esta época se fija la edificación de una porción de Iglesias, sea que fueron por entonces establecidas, sea que mudaron solo de estado, recibiendo como nueva existencia por la fundación de sillas episcopales, ó sea finalmente que habiendo sido hasta entonces poco considerables, tomasen un vuelo extraordinario por las tareas y los triunfos adquiridos por los nuevos apóstoles que se les enviaron. Parece que la ciudad de Bourges había recibido ya la fé en el siglo precedente por ministerio de San Ursino, que fué su primer obispo, y enviado, segun dicen, desde Roma, por los discípulos de los apóstoles (1): esto puede referirse á la mision que se debió al celo de San Policarpo y del Papa San Aniceto. Aun se afirma que San Silvano y San Silvestre, venerados tambien como apóstoles del Berry, son mas antiguos que San Ursino; pero no se les supone mas gerarquía que la de presbíteros. Sea lo que fuere, el cristianismo no había hecho grandes progresos en esta provincia, cuando se presentó á predicar en ella un nuevo discípulo de los siete obispos que formaron la mision de las Galias en el pontificado de San Fabian. Probablemente sería San Seniciano, que fué el segundo obispo de Bourges. Convirtió una porción de infieles pertenecientes á la clase mas comun del pueblo, y como ninguno de los recién convertidos tuviese casa suficiente para celebrar las religiosas asambleas, hicieron un esfuerzo, escotando segun sus facultades, para adquirir la de un rico ciudadano que despreció sus proposiciones. Dirigiéronse luego á un ilustre senador llamado Leocadio, que era de la familia de San Epagato, aquel mártir de Leon, que en la persecucion de Marco Aurelio había obtenido el título de abogado de los cristianos. En cuanto conoció los deseos de éstos, Leocadio ofreció ceder su misma casa y no quiso recibir el precio de ella: no quedó sin recompensa esta generosa liberalidad. Muy pronto recibió la gracia de la fé, igualmente que su hijo Lusor, que murió de allí á poco, apenas bautizado, y se le venera en Berry con el nombre de San Ludro. Convertida en iglesia la casa de aquel senador, fué catedral de Bourges y tomó en adelante el nombre de San Estéban, cuando se trajeron á ella en el principio del siglo V las reliquias de este santo mártir.

Tambien puede agregarse á los misioneros enviados con San Dionisio á las Galias, ó poco tiempo despues, á San Julian, primer obispo de Mans, y San Turibio, que le sucedió despues de haberle acompañado en su apostolado, á San Sabiniano, primer obispo de Sens,

(1) Greg. Tur. *De glor. confess.* cap. LXXX.

y sus dos coadjutores San Altino y San Potenciano, que predicaron el primero en Orleans, y Chartres y sus inmediaciones, y el segundo en Troyes. Pero luego volvieron ambos á Sens, donde todos tres alcanzaron sucesivamente la corona del martirio. San Aventino, uno de sus discípulos, fué el primer obispo de Chartres. Era esta ciudad el centro de la religion de los antiguos druidas; pero compitió con las mas celosas en adoptar la fé, y se distinguió por el valor de sus mártires. Creese que muchos fueron arrojados en un pozo que ahora está en los cimientos de la catedral, y se llamaba por aquella razon el pozo de los Santos fuertes.

Otros autores añaden á los compañeros de San Dionisio en su mision, á San Eutropio, primer obispo de Saintes, aunque se hallen algunos motivos para considerarle mas antiguo. Poco fruto sacó de su apostolado, y le martirizaron partiéndole la cabeza de un hacha. Se mira generalmente como fundador de la Iglesia de Ruan, á San Nicasio, que por entonces fué á predicar el Evangelio á aquella parte de las Galias, mas regularmente no sería mas que sacerdote, y entonces el título de primer obispo tocaría á San Melon, que llegó años despues comisionado por el Papa San Estéban. Puede, finalmente, atribuirse á esta época el apostolado de San Front, que fundó la Iglesia de Perigueux; el de San Jorge, que predicó en el Velay, y fué su primer obispo; el origen de las Iglesias de Nantes y de Albi, que ambas reconocian á un San Claro por su fundador, y el de otras muchas, cuya antigüedad es indudable; aunque no se deba fiar enteramente en las tradiciones que hacen remontar su fundación á una época mas cercana á los apóstoles.

Tales fueron los frutos principales de la célebre mision que la Santa Sede envió á las Galias un poco antes de la mitad del siglo III. Como se había predicado el Evangelio con mucha antelación en Italia, Africa y provincias orientales, y extendiéndose mas que en el Occidente, hizo mas progresos, y el número de los fieles se multiplicó proporcionalmente á la sombra de la paz que la Iglesia gozaba. Entre infinitos santos obispos, cuyo celo, inces y virtudes contribuyeron entonces á la conversion de los paganos, se distinguen sobre todos á San Gregorio Taumaturgo, San Alejandro de Jerusalem, San Babilas de Antioquia, Firmiliano de Cesarea en Capadocia, y San Dionisio, que sucedió en 247 á San Heraclas en la silla de Alejandria. San Cipriano, que se había convertido el año antecedente, muy luego fué obispo de Cartago, ilustrando extraordinariamente con su ingenio superior la Iglesia africana. Mas adelante trataremos de este santo y de San Dionisio de Alejandria con ocasion de los importantes acontecimientos, en que tanta parte tuvieron estos dos ilustres obispos.

Aunque no cesaba el emperador Filipo de proteger á los cristianos, no dejaron por esto de sufrir hácia el fin de su reinado, violentas persecuciones en la capital de Egipto. Pásose á predicar en Ale-

andria para exaltar el celo de sus habitantes un charlatan de aquella, que figurando íntimo trato con los dioses, se ocupaba en seducir al populacho con falsos prestigios; y á fuerza de continuas declamaciones contra los cristianos, consiguió fácilmente excitar á gente liviana, supersticiosa y siempre pronta para la rebelion. Al momento se sublevaron todos los idolatras, y se entregaron estos fanáticos con pretexto de religion á todos los excesos de una bárbara crueldad para vengar el honor de sus dioses, sacrificando á los cristianos. Oíanse por todas partes gritos de amenazas y de muerte contra los que rehusasen incurrir en la apostasia. No podian presentarse los fieles en las calles, de dia ni de noche, sin el seguro riesgo de ser perseguidos, quemados, apedreados ó despedazados por los grupos de furiosos que las recorrían. Llegó su osadía á invadir las habitaciones, donde robaban los efectos de mas precio, y arrojando los demas por las ventanas, los quemaban en las plazas públicas, de manera que se podia juzgar que era una ciudad tomada por asalto, y saqueada por un ejército enemigo. Pero este inconcebible encarnizamiento de los gentiles, no sirvió sino para hacer mas brillante y gloriosa la fé de los cristianos. Muchos huyeron ó se ocultaron, y lejos de sentir la pérdida de sus bienes, se tenían por felices de hacer este sacrificio en nombre de Jesucristo. Otros, que cayeron en manos de los paganos, sufrieron con valor los mas horribles tormentos. Apenas hubo uno que tuviese la debilidad de renegar. Entre los que obtuvieron la corona del martirio, citase particularmente á un viejo llamado Metran, y una muger de nombre Quinta, que fueron ambos apedreados despues de tener llagados, quebrantados y desgarrados sus cuerpos de mil modos por la bestialidad de aquel populacho; á San Serapion, que fué sorprendido en su casa y le rompieron todos sus miembros á fuerza de golpes, y para rematarle le estrellaron arrojándole á la calle por la ventana; y á Santa Apolina ó Apolonia virgen, tan respetable por su ancianidad como por sus virtudes, á quien azotaron en el rostro con tal violencia y repetición, que la rompieron todos los dientes y despues la quemaron. Arrastraron su cuerpo afuera de la poblacion, donde hicieron una hoguera que encendieron á su presencia, y la amenazaban con que la quemarian viva si no decia las blasfemias que le dictaban. Pidió algun tiempo para deliberar, y cuando la dejaron suelta, ella misma se precipitó en medio de las llamas, ya fuese por motivos que ignoramos, ya por efecto de una particular inspiracion. Comenzaron estas violencias populares en el año 248, y duraron mucho tiempo; pero la guerra civil que sobrevino, convirtiendo el furor de los infieles contra ellos mismos, dejó á los cristianos algunos momentos de reposo hasta la persecucion general que el emperador Decio declaró en el siguiente año.

Se hermanaban para esta supersticion y bárbaros excesos el populacho y una secta entusiasta que le animaba y sostenia: hacia al-

gun tiempo que se habia formado en la escuela filosófica de Alejandria, y se distinguió por su obstinado odio contra el cristianismo. Arriba hemos visto que ésta se jactaba de escoger en la doctrina de todas las sectas lo que juzgaba mejor, sin adherirse á ninguna exclusivamente. Antiocho Ascalonita, fundador de la quinta academia, y que sucesivamente enseñó en las ciudades de Atenas, Alejandria y Roma, fué el que ensayó esta doctrina de eclecticismo, modificando la de Platon con cierta mezcla de las ideas de Aristóteles y de Zenon. Algunos años despues, y hácia el principio de la era cristiana, un tal Polemon, filósofo de Alejandria, dió un paso adelante y mas atrevido en este nuevo derrotero; y sentando de hecho que ninguna secta podia lisonjarse de que poseia completamente la verdad, aun cuando todas hubiesen adquirido algunos elementos, estableció formalmente la necesidad de no excluir ningún sistema, y de tomar de todos algunos principios para formar un nuevo cuerpo de doctrinas, con la reunion de todas estas ideas. Bajo este punto de vista y sobre esta base, se fijó desde entonces la enseñanza filosófica de la escuela de Alejandria. Pero al principio del III siglo tomó nueva forma, y al mismo tiempo mas extension y otra importancia por el giro que le dió el célebre Ammonio Saccas. No solamente adoptó este filósofo por regla sacar de todas partes los elementos de su doctrina, sino que además, emprendió la reconciliacion de las sectas rivales, que habian agotado hasta entonces sus fuerzas para hostilizarse mutuamente, y aun se empeñó en demostrar que todas estaban acordes en los puntos esenciales: que enseñaban el mismo fondo de verdad bajo formas diferentes, y lo que faltaba era saberlas, comprender y expresar fielmente su doctrina para lograr que cesasen las divisiones que reinaban entre los filósofos. Tambien sentaba que esta conformidad de principios que él descubria en todas las escuelas griegas, era mas perceptible comparandolas con las de Oriente, y por último, que la enseñanza general de todas las escuelas de filosofia estaba sancionada por la tradicion de todos los pueblos, y recibia, por consecuencia, un nuevo carácter de certidumbre con la autoridad de este universal consentimiento. Ammonio se adheria obstinadamente á la doctrina de Platon, pero modificándola con la mezcla de muchos dogmas extraños. La secta de que se hizo jefe se empezó á llamar neoplatónica. Sobre estos antecedentes y siguiendo el mismo camino, tomó á su cargo la defensa de la idolatria, y continuó por largo espacio una encarnizada guerra contra el cristianismo.

Plotino, el mas célebre discípulo de Ammonio, hizo ligeras modificaciones en la doctrina de su maestro, y le dió tambien esa tintura de supersticion y engañosa exaltacion, que despues se observó en la escuela neoplatónica. Nació Plotino en Licópolis, Egipto, por los años 205; tendria como veintiocho, cuando principió á estudiar la filosofia, y no habiéndole gustado muchos maestros á quienes la

oyó explicar, un amigo suyo le presentó en la escuela de Ammonio, cuya fama estaba entonces en su auge. Después de haberle oído, dijo Plotino: "Este es el propio que yo deseaba." Agregóse á él, y pasó once años dirigido por tan celebre maestro, ó lo que es lo mismo, hasta 243. Entonces la curiosidad de observar á los maestros de filosofía orientales, le hizo seguir al ejército romano en la expedición de Gordiano contra los persas; pero muerto el emperador, que fué asesinado por Filipo en el año siguiente, se vió obligado á interrumpir su viaje y volvió á Roma, donde estableció su escuela de filosofía. Tuvo luego numerosa concurrencia de discípulos y admiradores, entre ellos personas principales y aun señoras. El senador Rogaciano, aunque honrado con el título de pretor, no quiso ejercer función alguna de su cargo y abandonó todos sus bienes para entregarse enteramente á la filosofía, segun las máximas de Plotino. Mas adelante, el emperador Galieno y su muger Salomina hicieron grande estimación de este filósofo, quien se aprovechó de su crédito para pedir la reedificación y cesión de una ciudad de la Campania para establecerse en ella con sus discípulos, porque se propuso realizar la utopía de Platon, siguiendo las leyes ideales de su república en dicha ciudad, á la que iba á poner el nombre de Platonópolis; pero desbarató este proyecto la oposición de algunos cortesanos, y solo sirvió la intenciona para patentizar mas claramente la presunción de una secta tan ambiciosa como impotente. Murió Plotino en Minturno, en la Campania, el año de 270, á los sesenta y seis de su edad, habiendo pasado veintiseis en Roma. Durante diez años se limitó á enseñar de viva voz en esta capital su nuevo platonismo, y al cabo de ellos se decidió á escribir su doctrina, aunque no comunicó sus obras mas que á un corto número de escogidos discípulos. Porfirio las publicó despues, no sin hacer algunas alteraciones, y distribuir las en la forma que ahora se conocen.

Plotino se alababa de tener un genio familiar como Sócrates, y se dice que al punto de morir se vió pasar una serpiente por debajo de su lecho y ocultarse en la pared; sus discípulos referian este pasage como una señal de que en su maestro residia la divina inspiracion que le habia asistido en vida. Este genio, segun su opinion, era mas que un demonio simple ó comun, es decir, una potencia secundaria; al contrario, le consideraban como de las mas altas y perteneciente á la gerarquía de los dioses, porque estos filósofos reconocian como Platon, un Dios supremo, y ademas un cierto número de espíritus ó genios inferiores, que presidian al gobierno del mundo, y estaban divididos en muchos órdenes. Los que eran de naturaleza enteramente espiritual residian en el cielo, y se nombraban tambien dioses: los que eran menos perfectos y estaban revestidos de cuerpos aéreos, ocupaban el espacio que media entre el cielo y la tierra. Llamábanse comunmente demonios, y aunque el uso modificado insensiblemente por el lenguaje cristiano haya da-

do en particular este nombre á los genios malficos (1), los platonicos afirmaban que debian ofrecérselos sacrificios para evitar que hiciesen daño, como se hacian á los dioses para obtener sus favores; y de este modo autorizaban todas las supersticiones de la idolatria. Tambien creian que mediante ciertas prácticas se lograba ponerse en comunicacion con estos genios; y entonces se podia mandar á la naturaleza y producir efectos maravillosos. A estas prácticas supersticiosas llamaban *theurgia* cuando se referian á un comercio con los dioses, restringiendo el título de magia á las que tenian relacion con los demonios malos.

Despues de muerto Plotino quedaron por geles de la escuela neoplatónica, Amelio y Porfirio. Del primero se ha conservado un pasage notable en que cita con elogio el principio del Evangelio de San Juan (2). Muchas obras habia compuesto, y entre ellas un tratado muy extenso contra los gnósticos, cuyos errores tambien habia combatido Plotino. Porfirio, cuyo nombre es mas conocido, debe gran parte de su celebridad á sus impugnaciones de la doctrina del cristianismo. Nosotros carecemos de estos libros; pero se sabe que fueron refutados por muchos Padres del siglo IV. En las obras suyas que se conservan, y especialmente en las vidas de Pitágoras y Plotino, se esfuerza para explicar las misteriosas supersticiones del arte theurgica y manifestar su eficacia con los milagros que atribuye á estos dos filósofos. Despues de él, Jamblico llevó mas adelante la exaltacion del misticismo. Compuso igualmente una vida de Pitágoras, toda llena de milagros, y un tratado sobre los misterios de los egipcios, en que expone todo el sistema de la

(1) En su primitiva acepción la palabra griega con que se expresó despues al demonio, equivale á otra semejante que queria decir *instruido, hábil*, y se empleaba para nombrar las inteligencias superiores al hombre, á fin de señalar así su penetracion y la extension de sus luces. Este es la explicacion y etimologia que da Platon, apoyándose en el antiguo dialecto de los griegos (véase el *Cratilo* y el *Timeo*), y la han seguido todos los filósofos, como lo reparó Lactancio: *Demonios grammatici ajunt dictos, quasi peritos ac rerum scios.* (Instit. lib. II.) En este general sentido aplicaban los paganos esta palabra á la misma divinidad, como puede verse en muchos ejemplos que cita Enrique Estienne (*Thesaur. ling. gr.*) Mas adelante se cñó la significacion y reservó particularmente á las inteligencias intermedias entre la divinidad y el hombre. En este sentido se usa principalmente por Platon y los neoplatonicos. Mas siempre conservaba cierto sentido equivoco, y los paganos le aplicaban indistintamente á los buenos y á los malos genios ó ángeles. Pero desde el nacimiento del cristianismo no se usaba esta palabra sino en el sentido malo, segun el lenguaje de los libros santos, donde siempre sirve para señalar los ángeles malficos, y llegó á ser tan propio, que muy luego ni aun los mismos protestantes se atrevieron casi nunca á separarse de él; de forma que Apuleyo, escribiendo un tratado sobre el demonio familiar de Sócrates, no quiso emplear esta expresion en el título de su obra, y creyó que la debia anunciar así: *Del Dios de Sócrates* (véase á San Agustín *De Civit. Dei*, lib. VIII, cap. XIV, lib. IX, cap. XIX.)

(2) Euseb. *Prap. ev.* lib. XI, cap. XIX.

demonología de los paganos, el modo ó medios de ponerse en comunicacion con los dioses, y los maravillosos efectos que su presencia é intervencion causan en el hombre. Es una respuesta á las cuestiones y dudas que Porfirio habia suscitado con motivo de la carta dirigida á Anebon, porque estos entusiastas, partiendo de los mismos principios, distaban mucho de hallarse acordes entre sí mismos en el modo de explicarlos; y no debe admirar esto á vista de semejante mezcla de sueños producidos por imaginaciones habitualmente delirantes. Sin embargo, las doctrinas de esta secta de iluminados ofrecian á los ojos de los paganos un aspecto seductor, que debia adquirirlas una gran aceptacion; y en el siglo siguiente les veremos subir al trono con Juliano apóstata, que nada omitió para asegurar su triunfo. Difundidas en Roma y en Italia por medio de Plotino y sus discípulos, se perpetuaron estas doctrinas en la escuela de Alejandría por la sucesion de maestros famosos hasta fin del IV siglo: otros platónicos abrieron nueva escuela en Antioquia, desde donde se propagaron al Oriente. Ultimamente, en el siglo V todavía brillaban en cierto modo en la escuela de Atenas por los tareas de Siriano, de Proclo y de otros. Pero ya á este tiempo habian perdido su influencia, y solo existian como un monumento estéril de los pasados. Entouces gran número de platónicos abrazaron el cristianismo á ejemplo de Sinesio, y los demas se vieron reducidos prontamente á dejar la enseñanza, ya por el abandono ó sublevacion de los pueblos, ya por las órdenes de los emperadores. Así se extinguió en la oscuridad y en el olvido esta fanática y orgullosa secta que habia manifestado tanto celo y hecho tanto ruido para defender la idolatría. Restanos que decir alguna cosa del sistema que siguió en su obstinada lucha contra el cristianismo.

Desde luego se conoce que esta lucha debia tener dos objetos: el primero defenderse de las numerosas y concluyentes impugnaciones dirigidas por el juicio y la verdad á las locuras del paganismo; y luego para rebatir las pruebas alegadas en favor de la religion. Porque fué cosa muy fácil para los cristianos poner en ridiculo las supersticiones de los paganos; y demostrar todo lo absurdo que ofrecia aquella multitud de dioses imperfectos, viciosos, cuyo nacimiento era conocido, cuyo culto, así como sus vidas, consistian en una serie de nauseabundas infamias. Por otra parte, recordando los errores y contradicciones de los filósofos, sus disputas interminables, la infinidad de sus sistemas, su ignorancia, sus dudas y continuas variaciones sobre los puntos mas importantes, tenian suficientes datos para probar que la filosofía es impotente para iluminar al hombre acerca de sus destinos y deberes, y concluian de aquí que no se podia hallar la verdad bajo este respeto, sino en los oráculos de la sabiduría eterna, que se habia revelado por los profetas y despues por el Verbo divino. Buscaron, pues, los platónicos un medio

de justificar á un tiempo la idolatría popular y defender la filosofía de semejantes críticos.

Como se ha visto arriba, partian del principio que se habia enseñado en la escuela de Alejandría: que no debia uno adherirse á ninguna secta en particular, sino tomar de todas lo que pareciese: en cumplimiento ó aplicacion de aquel tomaron los elementos de una nueva doctrina filosófica en las mas célebres escuelas. En metafísica adoptaron las ideas de Platon, es decir, sobre la naturaleza de Dios y de los espíritus, añadiendo los sueños de Pitágoras y sus discípulos sobre las iniciaciones y el trato ó comunicacion con sus dioses: inclináronse mas á los estoicos para las reglas de la moral: tomaron de Aristóteles su dialéctica y sus principios de física que miraban como un objeto puramente secundario. Esforzáronse al mismo tiempo para probar que habian tenido los principales filósofos una misma doctrina enteramente conforme sobre todas las cuestiones importantes; y solo por no haberla comprendido sus discípulos, habian suscitado tantas disputas y sistemas contradictorios. Para sentar este imaginario acuerdo, no repararon en violentar los textos mas formales, en recurrir á las interpretaciones mas evidentemente falsas, y en fin, en desnaturalizar en todos sentidos la verdadera doctrina de los filósofos, cuyas manifestadas disensiones procuraban en vano paliar. Habia compuesto Porfirio un largo tratado sobre la conformidad entre los principios de Platon y de Aristóteles; y desde luego se infiere que serian necesarios grandes esfuerzos para hacer que desapareciesen las continuas contradicciones que á cada paso ocurren entre los dos filósofos. Ademas, que la evidencia de los hechos no permitia negar absolutamente que hubo entre las diversas escuelas divisiones y discordancias muy patentes; pero los platónicos procuraban persuadir que todas ellas giraban sobre cuestiones accesorias y sin importancia; y la nueva secta tenia precisamente por objeto poner término á todas ellas, y anular cualquiera clase de disonancia, probando la absurdidad de sacar de todas los gérmenes de verdad encerrados en los sistemas mas opuestos. Así es que trataban de rehabilitar la filosofía por los medios mas frívolos que pueden conocerse á simple vista, sin que merezcan siquiera los honores de la refutación. Hállanse en la mayor parte de los antiguos apologistas de la religion, consideraciones mas ó menos extensas, que comprueban la puerilidad de estas laboriosas quimeras; pero ninguno trató la materia con mas elegancia, fuerza y claridad, que Lactancio en el libro III de sus *Instituciones divinas*, que tenia por título: *De la falsa sabiduría*.

No fueron los platónicos menos atrevidos ni mas felices que aquellos en la defensa de vulgares supersticiones. Contenia la idolatría tal suma de absurdos y de infamias, que no parecia capaz de sostener serias discusiones; y así tenian por costumbre sus sectarios de contestar á las objeciones de los cristianos con suplicios, pe-

ro no con razones ni argumentos. Mas como la violencia no bastaba para detener el progreso del cristianismo, conocieron sus enemigos la necesidad de emplear á lo menos las apariencias de la razón en auxilio de la idolatría, y juzgaban mas oportuno este remedio cuanto la empresa era mas imposible. Iluminados con los resplandores que el Evangelio esparció sobre la tierra, entraron en el principio de la unidad de Dios; pero inmediatamente presentaron á sus órdenes y en menor altura gran porción de potestades, emanadas de aquel, que eran como sus ministros, y velaban en tal concepto para el gobierno del mundo en los diferentes destinos que les habia conferido; de forma que como ejercian el oficio de la Providencia respecto de los hombres, tenían derecho á sus homenajes, á sus sacrificios y á sus oraciones. A estas potestades, pues, era á quienes el paganismo daba culto como dioses (1). Otros decian que se dirigia el culto idolátrico á las divinas perfecciones, manifestadas con diversas denominaciones, y que bajo los personajes de muchos dioses se honraba solamente el poder infinito del supremo Dios, repartido por toda la naturaleza; que se daba á conocer por varios medios que ocasionaron los distintos nombres admitidos (2). Con semejantes necesidades procuraban los platonicos encubrir lo absurdo del politeísmo. Todavía quedaban sin contestacion las ridiculas é indecentes fábulas, contadas por los poetas y admitidas por el vulgo, sobre el nacimiento, vida y hechos de sus dioses. Querian explicarlos estos entusiastas con fingidas alegorías ó como emblemas y figuras que encerraban bajo una corteza perceptible los misterios mas profundos de la naturaleza divina. Casi todos ejercitaron sus ingenios sobre esta materia, y publicaron obras repletas de semejantes interpretaciones mas ó menos especiosas. Plotino se esforzó para hallar significaciones morales, aun en la infame historia de los amores de Venus (3). Pero no fué muy difícil á los cristianos impugnar éstos delirios que estaban por lo general en oposicion manifiesta con la índole de las ceremonias paganas, y que por otra parte no podian justificarse de modo alguno unas fábulas asquerosas, tanto por su extravagancia como por su lubricidad. Arnobio, en su tratado *contra los gentiles*, Eusebio en su *Preparacion Evangelica*, y San Agustin en muchos lugares de su admirable obra *La Ciudad de Dios*, demostraron la vanidad de todas aquellas invenciones discurridas para la defensa de la idolatría (4).

Los platonicos no se cifraron á la investigacion de los medios de defenderse de los ataques dirigidos al paganismo: procuraron tam-

(1) Véase á Porfirio *De abstinencia*, lib. 1.º — Orósio, *Hist.* lib. VI, cap. 1.

(2) Puede verse sobre este asunto la carta de Máximo de Madauro á San Agustin, y la refutacion que este santo Padre escribió de ella. (August. *Epist.* XVI y XVII).

(3) Véase á Porfirio, *De astro nymph.* *Quest.* *Homerica*, etc.

(4) *Ennead.* III, lib. V.

bien desvirtuar las pruebas que se alegaban para justificar con evidencia la divinidad del cristianismo. De dos clases eran estas pruebas: unas sacadas de la misma excelencia de la doctrina enseñada por Jesucristo y practicada por sus discípulos, entre los que era necesario admirar virtudes desconocidas de los paganos; otras consistian en las profecias, milagros ó hechos sobrenaturales que convenian desde luego de la divina intervencion. En cuanto á las primeras, los platonicos trataron de eludir su fuerza, aplicándose á formar una doctrina nueva que se acercase lo posible á la perfeccion del cristianismo, y despues intentando probar que todas las sectas habian estado acordes en la enseñanza del fondo de este sistema, de donde podia sacarse la consecuencia que la doctrina de los cristianos, en todo lo que parecia mas notable, no era nueva, y nada contenia que mereciese colocarla con superioridad á la filosofía. Bajo este plan, dejando á un lado todas las demas investigaciones para dedicarse á lo respectivo á la divina naturaleza, al último fin del hombre y á sus deberes, adoptaron con preferencia la teología de Platon y la moral de los estoicos, como que hallaban en ellas lo mas perfecto que encierra la filosofía. Recomendaban sobre todo, la contemplacion, los sacrificios, todo género de iniciaciones, las abstinencias pitagóricas y otras semejantes prácticas que tienen por objeto calmar las pasiones y purificar el alma, uniendo últimamente al hombre con Dios. No tuvieron reparo en tomar del cristianismo los elementos de su sistema, adoptando en muchos puntos sus ideas y aun su lenguaje, para llenar con este auxilio los grandes vacíos, ó corregir las imperfecciones de la filosofía pagana. Ya dejamos indicado que sentaron por principio el dogma de la unidad de Dios, y se observa visiblemente la marca de las ideas cristianas en las mismas explicaciones que presentan sobre la naturaleza divina y sus infinitas perfecciones. No solamente reconocen la inmaterialidad de Dios, su inmensidad y su omnipotencia, sino que enseñan que todo lo que existe proviene y depende de aquel supremo ser: que es el autor y dueño absoluto del universo; en fin, que es superior á los inflexibles destinos á que los paganos creian sujetas todas las cosas. Tambien admiten una creacion mas ó menos clara y distintamente, y combaten con los mismos argumentos que los cristianos, la absurda hipótesis de una materia eterna é independiente, que (sin haberla criado) hubiese Dios dispuesto para formar el mundo. Sabida es aquella trinidad platónica que todos se dedicaron á publicar y explicar, modelándola al dogma católico, aunque no pudieron luego conformarse entre sí para determinar los principios de que la componian. Advuértese esta grosera imitacion de la doctrina evangélica, sobre los espíritus celestes hasta en el modo con que tratan de explicar la naturaleza y funciones de sus dioses menores (1). Finalmente, los principios que unánimemen-

(1) Lo notable que se halla en Jamblico, es el esfuerzo que emplea para

te proclamaron sobre las inspiraciones de sus genios tutelares, sobre la necesidad de mediadores entre Dios y los hombres, sobre la corrupción de la humana naturaleza, sobre la regeneración o palin-genesia, sobre la iluminación interior por el Verbo, y sobre la unión con Dios; todas estas ideas y expresiones tan desconocidas á la antigua filosofía, no eran otra cosa que la falsificación de los dogmas cristianos copiados, modificados ó disfrazados para acomodarlos al genio del paganismo, encubierto con estas formas prestadas las naturales extravagancias de su propio fondo. Mas sobre todo se aprovecharon de las luces del Evangelio para completar y perfeccionar la parte moral de su sistema, y por esto su doctrina bajo este respecto parece en general tan superior á la de los antiguos filósofos. No puede uno menos de admirar la entera semejanza que se advierte á cada paso entre sus máximas y las de los libros santos, de los que copian con frecuencia hasta las expresiones, recomendando la elevación del espíritu á Dios, la mortificación y crucifixión de los sentidos, la guerra á las inclinaciones propias, la muerte al mundo y otras semejantes virtudes. Adelante veremos un ejemplo y auténtica prueba de este plagio en las eficacísimas exhortaciones que Juliano apóstata creyó oportuno dirigir á los Pontífices idólatras para obligarlos á que adoptasen por regla de su conducta las máximas y costumbres cristianas (1).

establecer á fuerza de sutilezas una distinción ó gerarquía entre los dioses y los demonios, y que daba expresamente el nombre de ángeles á algunos de estos genios inferiores. *De myst. sect. I, et II.*

(1) Con solo recorrer el comentario de Simplicio sobre el manual de Epicuro, ó el de Hierocles sobre los "versos dorados" de Pitágoras, basta para distinguir en ellos la moral de los libros santos, regularmente trasladada en los mismos términos. De modo que la mayor parte de los antiguos Padres tuvieron cuidado de señalar en las obras de los filósofos paganos, esta incesante afectación de copiar las ideas y el lenguaje del cristianismo. Poderoso compara con los monjes á Porfirio (*Serm. VII, ad. Grac.*), y San Agustín se prueba en muchos pasages, que este filósofo, aunque hacia profesión de ser platónico, no deja de separarse muchas veces de los principios de Platon para arreglar su doctrina ó sus expresiones á la de los cristianos. (*De Civit. Dei, lib. XII, cap. XX, lib. XIII, cap. XIX.*) Esta observación hace que se aprecien en su justo valor todos los vanos razonamientos de ciertos críticos presuntuosos, que han querido presentar los dogmas cristianos como una derivación del platonismo, fundándose en tal cual semejanza, cuya causa y origen acabamos de indicar.

No solo han reparado los antiguos Padres de la Iglesia entre los filósofos platónicos esta disposición de copiar las máximas cristianas: en todos los gentiles se había observado en mas ó menos grados, y Tertuliano señaló las consecuencias de esto á fines del siglo II diciendo: "El demonio, cuya oficio es corromper la verdad, procura tambien imitar hasta cierto punto los divinos Sacramentos en los misterios de la idolatría. A su modo ha inventado un especie de bautismo para sus secuaces: tambien promete el perdón de sus faltas á los que crean en él por medio de aquella absolución. Al iniciarse en el culto de Mithra, señala la frente de sus soldados, celebra la ofrenda del pan, presenta el símbolo y la imagen de la resurrección, y en el uso de la espada

En cuanto á los milagros que sirven de prueba al cristianismo los platónicos hicieron todos los esfuerzos para atenuar su autoridad y destruir sus efectos con un método análogo. Nunca pensaron en negar los milagros en su realidad, como sucedidos á la presencia de multitud de testigos irrecusables que sobaban para justificarlos, y esta forzada confesion ha llegado á ser una prueba sin

remeda el martirio. Público es que obliga á los Pontífices supremos de su secta á que se contenten con solo un matrimonio: últimamente tambien tiene sus vírgenes é iniciados que hacen voto de continencia." (*Præscrip. cap. XL.*) San Agustín habla en el mismo sentido del bautismo de los paganos, (*adv. Parmenian. lib. II, cap. X.*), y San Justino menciona ya la imitación de la Eucaristía en los misterios de Mithra, cuando dice á los paganos en su segunda apología: "Ya sabéis ó podéis saber, que en los sacrificios que se hacen para las iniciaciones, se ofrece pan y una copa de agua."

El culto de Mithra vino de Persia, y no hay noticia alguna de que se practicara públicamente en Italia antes de los primeros años del siglo II. Mas en el siguiente adquirió rápidamente una extension é importancia extraordinarias, como se puede inferir por multitud de inscripciones en que las mas distinguidas personas se jactaban de estampar entre sus dictados el de Pontífice de esta menuda deidad. Tambien se citan á menudo el sacerdocio de Cibele y el uso de los *taurobolos* y otras ceremonias frías en honor de la madre de los dioses. Estos *taurobolos*, que no se conocian antes del segundo siglo, y despues fueron tan frecuentes como es sabido, eran un medio de regeneracion que consistía en echar uno sobre sí sangre de un toro, que se hubiese degollado en un sacrificio, y para aquella ceremonia se preparaba el penitente muchos dias antes con diferentes actos expiatorios. Creían los paganos que se lavaban así de sus pecados y renacían á otra vida nueva. En la propia forma y con un fin análogo, se usaba la sangre de los machos cabrios y de los carneros, y estas ceremonias constituían los *zeiobolas* y *criobolas*. Probable es que la escuela de los neoplatónicos, cuyo origen coincide con los extraordinarios progresos de estos cultos extráneos, contribuyese mucho á propagarlos; porque ademas de que su objeto correspondía perfectamente á la tendencia general y miras particulares que hemos advertido en aquella escuela, establecía el principio de que no deben contentarse los hombres con honrar á los dioses y darles culto segun la costumbre de un pueblo ó de un pais, sino adoptar todos los dioses y religiones del universo. (*Marin. Vit. Pract. cap. XIX.*) A lo que parece, en el III siglo se hizo una fusion entre el de Mithra y el de Cibele, como dan bastante á entender diferentes inscripciones, en que se ven reunidos títulos y monumentos de ambas. Esta alianza entre dos cultos de tan diverso origen, se hacia con el fin de oponer al cristianismo un gran número de prácticas y de ceremonias, que ofrecian mayor analogía con las suyas, y eran mas correspondientes á las ideas que él habia difundido. En efecto, se hallaban en esta mezcla muchos ritos que hacían recordar hasta cierto punto el bautismo, la Eucaristía y otros misterios del cristianismo, y no era menester mas para que concibiesen algunos entusiastas el pensamiento de buscar en estas absurdas parodias, un recurso y medios de salvacion para los gentiles. Tambien juzgaban que así le protegían, y que le daban una apariencia de vida con las nuevas formas tomadas de la misma religion su antagonista, que siempre le impugnaba con superioridad y visibles ventajas.

Mucho tiempo antes se habia conocido la necesidad de ofrecer nuevo alimento á la supersticion para reanimar el fervor del pueblo, y los politeístas devotos se apresuraban públicamente á menudear los sacrificios, iniciaciones



réplica ni reparo, que debe deshacer naturalmente todas las objeciones. Porque en efecto, ¿cómo contradecir hoy hechos que han sido reconocidos por los mayores enemigos del cristianismo, cuando la proximidad de los tiempos y de los lugares ofrecía tantos medios de juzgar de su autenticidad? Reducidos, pues, á la impotencia de suscitar duda alguna sobre los prodigios que se renovaban diariamente á la vista de todos los paganos, se limitaban á negar las consecuencias enteramente naturales que los cristianos sacaban de ellos, para establecer la divinidad de Jesucristo; y en prosecucion de este plan, fabricaron tantas historias fabulosas para ensalzar el poder de sus dioses, é inventaron tantos milagros para contrapesar los de los cristianos. Tampoco tenían dificultad en reconocer la sabiduría y santidad de Jesucristo y la excelencia de su doctrina; y aun supusieron ó efectivamente hicieron que los oráculos se ocupasen en su alabanza, según los sacerdotes paganos publicaron (1); pero acusaban á los cristianos de no haber comprendido y de haber adulterado su doctrina, porque Jesucristo no quería ni fué su intencion proibir el culto de los dioses, sino solamente el de los genios terrenos, sometidos al imperio de los demonios malos (2); y que, finalmente, los milagros que le atribuían, no eran suficientes para mirarle como un Dios, supuesto que gran porcion de filósofos los obraron iguales: de todo lo cual debia colegirse, que

y ritos de esta especie. Por esta razon Lactancio se burlaba de la fecundidad de los dioses, cuyo número crecia incesantemente. *Nascuntur ergo et quotidie quidem dii nostri: nec enim vincuntur ab hominibus fecunditate.* (Instit. lib. I, cap. XVI). Aun antes del nacimiento del cristianismo, se habia manifestado esa solicitud, y por ella se importó al Occidente el culto de Mitra y el de Cibele, Isis y otras divinidades enteramente extráneas. Salida tan desierta estaban los templos, que según la expresion de Propertio, los cubrian las arañas con sus telas: *Felant aranea Janum* (lib. II, eleg. V.). Pero se puede juzgar del ardor con que se abrazaban estos nuevos ritos, acordándose que arruinado el templo de Isis siete ú ocho veces por órdenes del senado, todas fué reedificado, y atraía cada vez mas un inmenso concurso de pueblo que se agolpaba á recibir su iniciacion. Menester era que la supersticion fuera extremada para que se hubiera consentido la afrenta de una ilustre señora en este templo, sin sospechar ninguna superchería, porque se supuso era el objeto de los amores de Anubis que la prefirió por su belleza. (Joseph, *Antiq. jud.* lib. XVIII, cap. IV). En adelante llegaron á ocho los templos dedicados á Isis ó Serapis en la ciudad de Roma, y sin duda proporcionalmente en las diversas provincias del Occidente seria lo mismo, porque en ellas halló este culto no menos proselitismo. Infiérese por un pasage de Juvenal, que iban los gentiles hasta Egipto por devocion en busca de las aguas del Nilo, para hacer asperisiones en estos templos. (Juv. sat. VI). Tanto ascendiente habia adquirido esta supersticion en muchos espiritus! De modo que el culto de Isis fué como el de Mitra y de Cibele, uno de los que mas tiempo resistieron á los esfuerzos del cristianismo.

(1) Véase á San Agustin de *Ciuitat. Dei*, lib. XIX, cap. XXIII. Eusebio. *Demonst. evang.* lib. III, cap. VIII.

(2) Véase á Porfirio en San Agustin. *De ciuit. Dei*, lib. II.

tambien el paganismo se hallaba apoyado en pruebas equivalentes á las que alegaban los cristianos. Hemos visto ya que Filostrato compuso la vida de Apolonio de Tiana, con la intencion de manifestar que este célebre impostor, llevando su celo por la idolatria hasta la extravagancia, no era inferior á Jesucristo, ni por sus costumbres, ni por su doctrina, ni por sus milagros; y posteriormente Hierocles reprodujo otra vez este absurdo paralelo, en un libro que Eusebio refutó victoriosamente. El mismo designio se trasluce con toda claridad en las vidas de Pitágoras, compuestas por Porfirio y por Jamblico, llenas todas de milagros, como dejamos dicho, y sin que ofrezca en su totalidad otra cosa que una continua imitacion del Evangelio. Así es que según Jamblico, Pitágoras es el Hijo de Dios, es el mismo Dios, y solo se revistió de carne para salvar á los hombres: él cura las enfermedades, sosiega los vientos, calma las tempestades, comunica á sus discípulos el poder de hacer milagros innumerables á ejemplo suyo, y para sellar la semejanza, pone Jamblico en boca de aquel lecciones y preceptos absolutamente iguales á las máximas de Jesucristo. La vida de Plotino escrita por Porfirio, la de Jamblico por Eunapio, y la de Proclo por Marino, aunque no traen tantos milagros, porque no era tan facil mentir sobre hechos contemporáneos, no por eso dejan de incluir bastantes sucesos milagrosos, para comprobar cuán empeñados estaban los filósofos de esta secta en que se creyese que el paganismo tenia tambien sus taumaturgos, cuya autoridad y ejemplo debian contener á los que estuvieran tentados de abandonarle. No contentándose con inventar milagros de todas clases en favor del paganismo, para balancearlos con los de los cristianos y de su divino Maestro, procuraron ademas, valerse de otro medio de combatir las inducciones de los primeros, esforzándose para explicar cómo un hombre podia conseguir la facultad de obrar prodigios. Suponian que por el uso de ciertas prácticas misteriosas, podia entrarse en comunicacion inmediata con los dioses, y participar de sus luces y de su poder, y entonces ya le obedecian los genios inferiores; de modo que se podia disponer de la naturaleza, y producir efectos extraordinarios y milagrosos. Este era el objeto del arte theúrgica, de que hemos hablado, y cuya absurda doctrina patentizó San Agustin, entre otros, en su libro de la *Ciudad de Dios*.

Tal es el resumen del sistema imaginado por los platónicos, para defender la idolatria. Aunque este plan no era del todo acertado, y semejante sistema presentaba algunas ventajas especiosas á los paganos para que le acogiesen con algun entusiasmo, descansa-ba en bases tan poco sólidas, que no pudo resistir á la severa critica; y los doctores cristianos que sucesivamente emprendieron la impugnacion de sus diferentes puntos, necesitaron poco trabajo para patentizar la falsedad y futilidad de todos ellos. Si podia momentáneamente reanimar la supersticion y avivar el celo de algunos fa-

náticos, no podía fascinar por mucho tiempo á los hombres reflexivos, ni detener las conquistas de los cristianos. Por eso los paganos no dejaban su táctica de perseguir á éstos duramente y con la mayor violencia, aunque tampoco prosperasen con ella; y á continuación se verá cómo no interrumpian las persecuciones, antes se hicieron mas frecuentes y mas sangrientas que antes.

Habiendo ocupado el trono el emperador Filipo por una traicion, no tardó en sucumbir á consecuencia de otra. Las tropas de Pannonia se rebelaron, y el emperador confió el mando á Decio, hábil general, firme y experimentado, que le pareció mas propio para contenerlas, y que afectaba una gran lealtad. Mas los soldados, con miras de la impunidad, y para ganar la voluntad del nuevo general, se arrojaron á conferirle el imperio. Al punto le aceptó, y tomó sus medidas para mantenerse en él, marchando á Italia con su ejército para destruir á Filipo. Vencido éste en el primer encuentro cerca de Verona, fué asesinado por sus soldados en el mes de Julio del año 249, á los cuarenta y cinco de su edad, despues de reinar cinco y unos cuantos meses. Su hijo, llamado tambien Filipo, á quien habia asociado al imperio, aunque era entonces muy jóven, fué muerto en Roma poco tiempo despues, por las cohortes pretorianas, y al instante fué Decio reconocido emperador por unánime consentimiento del pueblo, del senado y del ejército. Pertenecía á una noble y antigua familia de la Pannonia, y se habia captado la estimacion por su talento militar, su actividad y amor á la justicia. Se preció de reformar los desórdenes introducidos en tiempo de Filipo, y sea que quiso apartarse en público de las máximas y conducta de aquel, ó que sencillamente siguiese sus naturales inclinaciones, y no consultase mas que su celo obstinado en favor de las supersticiones de la idolatría, ó últimamente, sea que obedeciese á sugestiones extrañas, se distinguió por su odio al cristianismo, y fué autor de una sangrienta persecucion, que Galo continuó tambien, sucediéndole en la crueldad como en el imperio.



LIBRO V.

DESDE LA PERSECUCION DE DECIO HASTA EL REINADO DE DIOCLECIANO.

CUANDO llegó Decio al imperio, habian gozado los cristianos por espacio de treinta y ocho años, de una tranquilidad que únicamente turbaron algunas sublevaciones populares, y la corta persecucion de Maximino. Muchos obispos, ilustres por su ciencia y sus virtudes, aprovecharon esta larga paz para arreglar la disciplina eclesiástica, para combatir las heregías, y propagar en todas partes el Evangelio. Habíase aumentado considerablemente el número de los fieles: se habian edificado iglesias en muchos puntos, y aun se habia principiado á destruir los templos de los idolos, en ciertas ciudades orientales (1); esto basta para juzgar cuán pocos paganos quedaban. Pero aunque siempre ofrecia la Iglesia grandes modelos de santidad, y aunque el don de milagros y de profecía eran todavía muy frecuentes; sin embargo, se distinguian ciertas sombras que no dejaban de ofuscar en parte el puro brillo con que resplandeció en los principios. Aumentábase la relajacion en los cristianos á proporcion de su número. «La mayor parte, decia San Cipriano, se afanan y trabajan para allegar riquezas, sin pensar, ni en los ejemplos dados por los primeros fieles, ni en lo que exigia la profesion de cristiano. Descuidábase la pureza de costumbres, y tambien las obras de caridad. Las mugeres gastaban afeites, los hombres se teñian la barba, las cejas y el cabello. Se inventaban artificios para engañar á los sencillos. Se prostituian á los infieles los miembros de Jesucristo con matrimonios ilícitos. Jurábase sin necesidad, y no habia tampoco reparo en ser perjuros. Abundaban entre los cristianos enconados odios y escandalosas divisiones. Se ultrajaban mutuamente con murmuraciones y calumnias, injurias y mentiras: estaban dominados del orgullo, y despreciaban á sus prelados con inaudita insolencia. Entre los sacerdotes parecia apagado el celo de la religion. Algunos obispos, en lugar de instruir á los pueblos y darles ejemplo, descuidaban sus funciones para ocuparse en negocios temporales, y dejando sus diócesis, recorrían las provincias, pasaban á las ferias, y se enriquecian con el comercio. No socorrian á los pobres de su Iglesia, ni pensaban mas que en aumentar su hacienda, empleando el engaño para apoderarse de los bienes ajenos, ó aumentando sus rentas con intereses usurarios (2).» Para castigar los desórdenes de estos malos cristianos y reanimar

(1) Greg. Niss. *Vit. Thaum.*  
 (2) Ciprian. *De lapsis.*